

Kentukis

Samanta Schweblin



LITERATURA RANDOM HOUSE

Schweblin, Samanta

Kentukis / Samanta Schweblin. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Literatura Random House, 2018.

224 p. ; 23 x 14 cm. (Literatura Random House)

ISBN 978-987-769-024-8

1. Narrativa Argentina. I. Título.

CDD A863

Primera edición en la Argentina bajo este sello: octubre de 2018

© 2018, Samanta Schweblin

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.
Humberto I 555, Buenos Aires
www.megustaleer.com.ar

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Printed in Argentina – Impreso en la Argentina

ISBN: 978-987-769-024-8

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723.

Compuesto en La Nueva Edimac, S.L.

Esta edición de 8500 ejemplares se terminó de imprimir en Arcángel Maggio - División Libros, Lafayette 1695, Buenos Aires, en el mes de septiembre de 2018.

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Antes de encender el dispositivo,
verifique que todos los hombres
estén resguardados
de sus partes peligrosas.

Manual de seguridad
Retroexcavadora JCB, 2016

¿Nos contará usted de los otros mundos
allá entre las estrellas,
de los otros hombres,
de las otras vidas?

La mano izquierda de la oscuridad
URSULA K. LE GUIN

Lo primero que hicieron fue mostrar las tetas. Se sentaron las tres en el borde de la cama, frente a la cámara, se sacaron las remeras y, una a una, fueron quitándose los corpiños. Robin casi no tenía qué mostrar, pero lo hizo igual, más atenta a las miradas de Katia y de Amy que al propio juego. Si querés sobrevivir en South Bend, le habían dicho ellas una vez, mejor hacerse amiga de las fuertes.

La cámara estaba instalada en los ojos del peluche, y a veces el peluche giraba sobre las tres ruedas escondidas bajo su base, avanzaba o retrocedía. Alguien lo manejaba desde algún otro lugar, no sabían quién era. Se veía como un osito panda simple y tosco, aunque en realidad se pareciera más a una pelota de rugby con una de las puntas rebanadas, lo que le permitía mantenerse en pie. Quienquiera que fuera el que estaba del otro lado de la cámara intentaba seguirlas sin perderse nada, así que Amy lo levantó y lo puso sobre una banqueta, para que las tetas quedaran a su altura. El peluche era de Robin, pero todo lo que tenía Robin era también de Katia y de Amy: ese era el pacto de sangre que habían hecho el viernes y que las uniría para el resto de sus vidas. Y ahora cada una tenía que hacer su numerito, así que volvieron a vestirse.

Amy regresó el peluche al piso, tomó el balde que ella misma había traído de la cocina y se lo colocó encima, tapándolo completamente. El balde se movió, nervioso y a ciegas por el cuarto. Chocaba con cuadernos, zapatos y ropa tirada,

lo que parecía desesperar aún más al peluche. Cuando Amy simuló que su respiración se agitaba y empezó a hacer gemidos de excitación, el balde se detuvo. Katia se unió al juego, y ensayaron juntas un largo y profundo orgasmo simultáneo.

—Eso no cuenta como tu número —le advirtió Amy a Katia, en cuanto lograron dejar de reír.

—Por supuesto que no —dijo Katia, y salió disparada del cuarto—. ¡Prepárense! —gritó, alejándose por el pasillo.

Robin no solía sentirse cómoda con esos juegos, aunque admiraba la soltura con la que Katia y Amy actuaban, la forma en la que hablaban con los chicos, cómo lograban que el pelo siempre les oliera bien y que las uñas se mantuvieran perfectamente pintadas todo el día. Cuando los juegos cruzaban ciertos límites, Robin se preguntaba si no estarían poniéndola a prueba. Había sido la última en entrar al «clan», como lo llamaban ellas, y hacía grandes esfuerzos para estar a la altura.

Katia regresó al cuarto con su mochila. Se sentó frente al balde y liberó al peluche.

—Prestá atención —le dijo, mirando a la cámara, y los ojos la siguieron.

Robin se preguntó si podría entenderlas. Parecía escucharlas perfectamente, y ellas hablaban inglés, que es lo que habla todo el mundo. Quizá hablar inglés era la única cosa buena que tenía haber nacido en una ciudad tan terriblemente aburrida como South Bend, y aun así, siempre cabía la posibilidad de toparse con un extranjero que no sabía ni preguntar la hora.

Katia abrió su mochila y sacó el álbum de fotos de su clase de gimnasia. Amy aplaudió y gritó:

—¿Trajiste a la putita? ¿Vas a mostrársela?

Katia asintió. Pasó las páginas buscando ansiosa, la punta de la lengua asomando entre los labios. Cuando la encon-

tró, abrió el álbum de par en par y sostuvo el libro frente al peluche. Robin se asomó para ver. Era Susan, la chica rara del curso de biología que el clan acosaba por deporte.

—Le dicen «la culogota» —dijo Katia. Frunció los labios un par de veces, como cada vez que estaba a punto de hacer una maldad del más alto nivel, que era lo que el clan exigía—. Voy a mostrarte cómo hacer dinero gratis con ella —dijo Katia a la cámara—. Robin, amorcito, ¿sostenés el libro mientras le muestro al señor su tarea?

Robin se acercó y sostuvo el libro. Amy miraba curiosa, no conocía el guión de Katia, que revisó su teléfono hasta encontrar un video y colocó la pantalla delante del peluche. En el video, Susan se bajaba las medias y la bombacha. Parecía estar grabado desde el piso de los baños de la escuela, detrás del inodoro; quizá habían colocado la cámara entre el tacho de basura y la pared. Se oyeron unos pedos y las tres rieron a carcajadas, y gritaron de placer cuando, antes de tirar la cadena, Susan se quedó mirando su propia mierda.

—Esta tipa está forrada en dinero, querido —dijo Katia—. La mitad para vos y la otra mitad para nosotras. Es que acá el clan no puede volver a extorsionarla, la Dirección ya nos tiene en la mira.

Robin no sabía de qué estaban hablando, y no era la primera vez que el clan no la incluía en sus actividades más ilegales. Pronto el número de Katia acabaría y a ella le tocaría hacer el suyo, y no había pensado en nada. Le sudaban las manos. Katia sacó su cuaderno, un lápiz, y anotó un par de datos.

—Ahí van nombre completo, teléfono, correo y dirección postal de la culogota —dijo, y colocó el papel junto a la foto.

—¿Y cómo va a darnos el dinero el señorito? —le preguntó Amy a Katia, guiñando el ojo a cámara para el supuesto

señor. Katia dudó—. No sabemos quién mierda es —dijo Amy—, por eso le mostramos las tetas, ¿no?

Katia miró a Robin, como pidiendo ayuda. Era en esos breves momentos que contaban con ella, cuando Katia y Amy, en sus puntos máximos de lujuria, guerreaban entre sí.

—¿Cómo va a pasarnos el señor su correo, eh? —siguió burlándose Amy.

—Yo sé cómo —dijo Robin.

Las dos la miraron sorprendidas.

Ese sería su numerito, pensó, con eso saldría del paso. El osito panda también giró, quería seguir lo que estaba ocurriendo. Robin dejó el libro, fue hasta su armario y revisó los cajones. Regresó con un tablero de ouija y lo abrió sobre el piso.

—Subí —dijo.

Y el peluche subió. Las tres ruedas plásticas que tenía en la base mordieron sin problema el cartón, ya estaba arriba del tablero. Se movió a lo largo del abecedario, como investigándolo. Aunque su cuerpo ocupaba más de una letra a la vez, enseguida se entendía cuál era la señalada, oculta entre sus ruedas. El peluche se acomodó bajo el arco del abecedario y ahí se quedó. Era evidente que tenía muy claro cómo se usaba una ouija. Robin se preguntó qué haría cuando las chicas se fueran y tuviera que volver a quedarse a solas con ese peluche, ahora que le había mostrado las tetas y que le había enseñado una forma de comunicarse con ella.

—Genial —dijo Amy.

Y a Robin se le escapó una sonrisa torcida.

—¿Cuál de las tres creés que tiene las mejores tetas? —preguntó Katia.

El peluche se movió rápido sobre las letras del tablero.

L A R U B I A

Katia sonrió orgullosa, quizá porque sabía que era verdad.

Cómo no se le había ocurrido antes el truco de la ouija, pensó Robin. Hacía más de una semana que tenía al peluche en su cuarto, de acá para allá. Habría podido conversar tranquila con él, quizá era alguien especial, un chico de quien hubiera podido enamorarse y estaba echándolo todo a perder.

—¿Aceptás el trato de la culogota? —preguntó Katia, mostrándole una vez más la foto de Susan.

El peluche se movió, volvió a escribir.

P U T A S

Robin frunció el ceño, se sintió herida, aunque insultarlas quizá hablaba bien de su peluche: ella sabía que lo que estaban haciendo no estaba bien. Katia y Amy se miraron y sonrieron orgullosas, le sacaron la lengua.

—Qué ordinario —dijo Amy—. A ver, ¿qué más va a decirnos el señor?

—¿Qué más somos, mi consoladorcito? —lo alentó Katia, tirándole sensuales besitos con la mano—. ¿Qué más te gustaría que fuéramos?

L A P L A T A

Seguirlo exigía concentración.

M E L A V A N A D A R U S T E D E S

Las tres cruzaron miradas.

T E T A S G R A B A D A S 4 0 0 X T E T A S O N
2 4 0 0 D O L A R

Amy y Katia se miraron unos segundos y se largaron a reír. Robin estaba agarrada a su remera, estrujaba la tela con fuerza, intentando una sonrisa.

—Y a quién vas a cobrarle, ¿eh? —preguntó Amy y amagó con volver a levantarse la remera.

S I N O T E T A S X C O R R E O A S U S A N

Por primera vez, Amy y Katia se pusieron serias. Robin no podía decidir su bando, quizá su peluche era un justiciero.

—Podés mostrar lo que quieras —dijo Amy—, tenemos las mejores tetas de la ciudad. Nada de que avergonzarse.

Robin sabía que eso no la incluía. Amy y Katia chocaron palmas. Entonces el peluche empezó a bailar por el tablero, escribía sin parar, deletreando palabras que Robin apenas llegaba a leer.

T E N G O V I D E O S M A D R E D E R O B I N C A G A
N D O Y H E R M A N A D E R O B I N M A S T U R B A N
D O S E X Ó

Había que seguirlo letra por letra, no podían dejar de mirarlo.

P A D R E D I C I E N D O C O S A S A C H I C A L I M
P I E Z A

Amy y Katia miraban fascinadas el baile sobre el tablero, pacientes en la espera de cada nueva humillación.

R O B I N D E S N U D A Y R O B I N H A B L A N D O
M A L D E A M Y P O R T E L E F O N O

Amy y Katia se miraron. Después la miraron a ella, ya no sonreían.

R O B I N J U G A N D O A S E R A M Y Y A S E R K A T I
A Y A B E S A R L A S

El peluche siguió escribiendo, pero Amy y Katia dejaron de leer. Se levantaron, juntaron sus cosas y se fueron dando un portazo.

Temblando, mientras el peluche seguía moviéndose sobre el teclado, Robin intentaba dilucidar cómo cuernos se apagaba ese aparato. No tenía interruptor, ya había reparado en eso antes, y en la desesperación no encontró otra alternativa. Lo agarró y, con la punta de una tijera, intentó abrir la base. El peluche movía las ruedas, trataba de zafarse,

pero era inútil. Robin no encontró ninguna rendija para romper así que volvió a dejarlo en el piso y este volvió inmediatamente al tablero. Robin lo empujó fuera de una patada. El peluche chilló y ella gritó, porque no sabía que el aparato pudiera chillar. Levantó el tablero y lo arrojó al otro lado de la habitación. Trabó la puerta del cuarto con llave y regresó para perseguirlo con el balde como si quisiera atrapar un insecto descomunal. Logró ponerle el balde encima y se sentó sobre él, se quedó un momento así agarrada de los lados, sosteniendo el aire cada vez que el peluche golpeaba el plástico, haciendo un esfuerzo por no llorar.

Cuando su madre la llamó a cenar ella gritó que no se sentía bien, y que se iría a la cama sin comer. Puso sobre el balde el gran cofre de madera donde guardaba sus apuntes y manuales de estudio, inmovilizándolo. Alguien le había dicho que, si no podías romperlo, la única manera de apagarlo era esperar a que se le acabara la batería. Así que se abrazó a su almohada y se sentó en la cama a esperar. Atrapado en su balde, el peluche siguió chillando durante horas, golpeándose como un moscardón gigante hasta que, ya cerca de la madrugada, el cuarto quedó en completo silencio.

En la pantalla apareció un recuadro. Reclamaba el número de serie y Emilia suspiró y se acomodó en su silla de mimbre. Requerimientos como ese era lo que más la desquiciaba. Al menos su hijo no estaba ahí, marcándole en silencio el paso del tiempo mientras ella buscaba sus anteojos para revisar otra vez las instrucciones. Sentada en el escritorio del pasillo, se enderezó en la silla para aliviar el dolor de espalda. Inspiró profundamente, exhaló y, verificando cada dígito, ingresó el código de la tarjeta. Sabía que su hijo no tenía tiempo para hacer tonterías, y aun así se lo imaginó espíandola desde alguna cámara oculta en el pasillo, padeciendo su ineficiencia desde esa oficina de Hong Kong, tal como lo hubiera hecho su marido si todavía estuviera vivo. Después de vender el último regalo que su hijo le había mandado, Emilia pagó las expensas atrasadas del departamento. No entendía mucho de relojes, ni de carteras de diseño, ni de zapatillas deportivas, pero había vivido lo suficiente para saber que cualquier cosa envuelta en más de dos texturas de celofán, entregada en cajas afelpadas, y contra firma y documento, valía lo suficiente para saldar sus deudas de jubilada y dejaba muy en claro lo poco que sabía un hijo sobre su madre. Le habían sacado al hijo pródigo en cuanto el chico cumplió los diecinueve años, seduciéndolo con sueldos obscenos y llevándolo de acá para allá. Ya nadie iba a devolvérselo, y Emilia todavía no había decidido a quién echarle la culpa.

La pantalla volvió a parpadear, «Número de serie aceptado». No tenía una computadora último modelo pero le alcanzaba para el uso que le daba. El segundo mensaje decía «conexión de kentuki establecida», y enseguida se abrió un programa nuevo. Emilia frunció el ceño ¿de qué servían esos mensajes si eran indescifrables? La enervaban, y casi siempre estaban relacionados con los dispositivos que le enviaba su hijo. Para qué perder tiempo tratando de entender aparatos que nunca volvería a usar, eso era lo que se preguntaba cada vez. Miró la hora. Ya eran casi las seis. El chico llamaría para preguntar qué le había parecido el regalo así que hizo un último esfuerzo por concentrarse. En la pantalla el programa mostraba ahora un teclado de controles, como cuando jugaba a la batalla naval en el teléfono de su hijo, antes de que esa gente de Hong Kong se lo llevara. Por sobre los controles una alerta proponía la acción «despertar». La seleccionó. Un video ocupó gran parte de la pantalla y el teclado de controles quedó resumido a los lados, simplificado en pequeños íconos. En el video, Emilia vio la cocina de una casa. Se preguntó si podría tratarse del departamento de su hijo, aunque no era su estilo y el chico nunca tendría el lugar tan desordenado ni sobrecargado de cosas. Había revistas en la mesa debajo de algunas cervezas, tazas y platos sucios. Detrás, la cocina abierta a un living pequeño, en iguales condiciones.

Se oyó un murmullo suave, como un canto, y Emilia se acercó a la pantalla para intentar entender. Sus parlantes eran viejos y ruidosos. El sonido se repitió y descubrió que en realidad se trataba de una voz femenina: le estaban hablando en otro idioma y no comprendía ni una palabra. Emilia sabía inglés —si le hablaban despacio—, pero eso no sonaba a inglés para nada. Entonces apareció alguien en la pantalla, era una chica y llevaba el pelo claro y húmedo.

La chica volvió a hablar y el programa preguntó con otro recuadro si debía habilitarse el traductor. Emilia aceptó el recuadro, seleccionó «Spanish» y, cuando la chica le habló, otra vez un subtítulo escribió sobre la imagen:

«¿Me escuchas? ¿Me ves?».

Emilia sonrió. En su pantalla la vio acercarse aún más. Tenía ojos celestes, un anillo en la nariz que no le quedaba nada bien, y un gesto concentrado, como si ella también tuviera dudas sobre lo que estaba pasando.

–Yes –dijo Emilia.

Fue todo lo que se animó a decir. Es como hablar por Skype, pensó. Se preguntó si su hijo la conocería y rezó para que no fuera su novia porque, en general, ella no se llevaba bien con las mujeres demasiado escotadas, y no era prejuicio, eran sesenta y cuatro años de experiencia.

–Hola –dijo, solo para comprobar que la chica no podía oírla.

La chica abrió un manual del tamaño de sus manos, lo acercó mucho a su cara y se quedó leyendo un momento. Quizá usara anteojos pero le diera vergüenza ponérselos frente a la cámara. Emilia todavía no entendía de qué se trataba eso, aunque tenía que aceptar que empezaba a sentir cierta curiosidad. La chica leía y asentía, espiándola cada tanto por sobre el manual. Al fin pareció haber tomado una decisión, bajó el manual y habló en su idioma inentendible. El traductor escribió sobre la pantalla:

«Cierra los ojos».

La orden la sorprendió, Emilia se enderezó en su asiento. Cerró los ojos un momento y contó hasta diez. Cuando los abrió la chica todavía la miraba, como esperando algún tipo de reacción. Entonces vio en la pantalla de su controlador una nueva ventana que, servicial, ofrecía la opción «dormir». ¿Tendría el programa un detector sonoro de ins-

trucciones? Emilia seleccionó la opción y la pantalla quedó a oscuras. Oyó a la chica festejar y aplaudir, volver a hablarle. El traductor escribió:

«¡Ábrelos! ¡Ábrelos!».

El controlador le ofreció una nueva opción: «despertar». Cuando Emilia la seleccionó el video volvió a encenderse. La chica sonreía a cámara. Es una estupidez, pensó Emilia, aunque reconoció que tenía su gracia. Había algo emocionante y todavía no alcanzaba a entender exactamente qué. Seleccionó «avanzar» y la cámara se movió unos centímetros hacia la chica, que sonrió divertida. La vio acercar el dedo índice despacio, muy despacio hasta casi tocar la pantalla, y la volvió a oír hablar.

«Estoy tocando tu nariz.»

Las letras del traductor eran grandes y amarillas, podía verlas con comodidad. Accionó «retroceder» y la chica repitió el gesto, notablemente intrigada. Era clarísimo que también era la primera vez para ella, y que de ninguna manera estaba juzgándola por su falta de conocimiento. Compartían la sorpresa de una experiencia nueva y eso le gustó. Volvió a retroceder, la cámara se alejó y la chica aplaudió.

«Espera.»

Emilia esperó. La chica se alejó y ella aprovechó para accionar «izquierda». La cámara giró y así vio mejor lo pequeño que era el departamento: un sofá y una puerta al pasillo. La chica volvió a hablar, ya no estaba en cuadro pero el traductor la transcribió de todas formas al español:

«Esta eres tú».

Emilia giró hasta su posición original y ahí estaba otra vez la chica. Sostenía una caja a la altura de la cámara, de unos cuarenta centímetros. La tapa estaba abierta y decía «kentuki». Emilia tardó en entender lo que veía. El frente de la caja era casi todo de celofán transparente, podía verse

que estaba vacía, y en los lados había fotos de perfil, de frente y de espaldas de un peluche rosa y negro, un conejo rosa y negro que se parecía más a una sandía que a un conejo. Con sus ojos saltones y dos largas orejas adosadas en la parte superior. Una hebilla con forma de hueso las unía, manteniéndolas erguidas unos pocos centímetros, y luego caían lánguidas, a los lados.

«Eres una linda conejita —dijo la chica—. ¿Te gustan los conejitos?»